

PARA UN DIALOGO SOBRE DIVISION DEL TRABAJO ANTROPOLOGICO- CULTURAL

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN

Véase en esta nota una simple reflexión que continúa la lectura del número 1 de los *Temas de Antropología Aragonesa* y la conversación que, antes de ella, tuve con quienes la hacen. ¿Qué poseemos en común los dedicados a la antropología social o cultural, la etnología y la etnografía, y los que, desde fuera de esa dedicación, nos ocupamos de su problemática? El interés por la *cultura* y las culturas. Entiendo aquí por cultura, en su acepción antropológica, el repertorio de saberes (en la acepción más amplia y menos epistemológica de este vocablo) de su misión a la Naturaleza y/o de dominio de ella, de preservación, sentido y prolongación de la vida (desde la magia o el chamanismo hasta la religión y toda suerte de escatologías), saberes de goce y placer y, en general, de cultivo de los sentidos y los sentimientos (estética) y, en fin, de saberes (en la más amplia acepción de la palabra) técnicos (saber hacer). No importa que estos saberes sean rudimentarios (así los de la «cultura paleolítica») o que los reputemos falsos (así la magia). Todo saber qué hacer, qué pensar, qué sentir, qué creer y qué esperar de la realidad es cultura.

Ahora bien, cada cultura es un *lenguaje* para sí misma o, mejor dicho, para los que pertenecen o pertenecieron a ella, y también para quienes, desde otra, quieren saber *qué* dice ella. Toda cultura es un sistema de signos que poseen una significación dotada de coherencia interna. Esto parece obvio con respecto a los textos o documentos escritos que tales culturas los han legado, y, asimismo, si son culturas todavía vivas, aun cuando primitivas, con respecto a lo que los hablantes de su lenguaje cultural puedan decirnos y nosotros entender. Pero constituyen también *lenguaje* (en el sentido amplio de la palabra) lo que en sus templos y tumbas, viviendas y atavíos, utensilios e instrumentos, objetos de aseo o aperos de labranza, expresan. En efecto, todo ello

constituye el vestigio de *una* cultura, porque todo ello significa —semántica—, todo ello está coordinado y en coordinación —sintaxis— y, desde los usos culturales o ceremoniales hasta los laborales y cotidianos, ha servido a los hombres —pragmática— para vivir como tales y ejercitar interacciones mutuas y recíprocas.

Sí, es aquello que en su Ciencia de la Cultura creía poder *leer* Eugenio d'Ors cuando descubría, entre el perfil urbanístico, erizado de torres, de la ciudad medieval y el régimen feudal, una correspondencia paralela a la que después, tras el Renacimiento, acontecería entre la fusión de esa multiplicidad en la solemne unidad señera de la gran cúpula. Esta correlación que d'Ors percibía, entre intuitiva e intelectualmente —intuición intelectual—, de las torres con el feudalismo y de la cúpula con la monarquía absoluta, es lo que el investigador en los estudios que aquí nos afectan trata de mostrar, menos intuitiva y más empíricamente, que el imaginativo pensador catalán. Para ello, se empieza con un *trabajo de campo*, consistente en la recolección y estudios minuciosamente descriptivo de todo aquello que constituye vestigio —es decir, huella humana— de aquella cultura. La reunión física de esos vestigios facilita la evidencia, para quien posee la agudeza de la *mirada antropológica*, de su unidad estética, en el amplio sentido de la palabra, es decir, de su unidad de *estilo* o, lo que es igual, de su unidad sintáctica y semántica. Es en la conjuntación dentro del *Museo* —real o imaginario— en una misma *Colección*, donde salta a la vista esa *unidad*, esa concordancia, esa correspondencia.

Pero acontece aquí lo mismo que en el lenguaje en sentido estricto: *una misma* cultura se habla o expresa con *diferentes* acentos, de diversas maneras, en distintas subculturas o dialectos. Hay, pues, que afinar el oído, o aguzar la mirada para percibir la unidad, sí, pero también, dentro de ella, la pluralidad y la diferencia, en el seno mismo de la invariancia cultural básica. Invariancia básica de la cultura occidental, dentro de ella, de la cultura española, dentro de ésta, de la cultura o subcultura (en sentido de subordinación *específica*, no jerárquica o valorativa) aragonesa, dentro de ella, de la subcultura del Alto Aragón, en su seno, de la subcultura o microcultura del Serrablo o del Pirineo aragonés.

Se trata, pues, en resumen, de partir —generalmente con un vago supuesto previo: siempre se parte de algo— del trabajo de campo, para pasar desde él al trabajo de reflexión, a la construcción de hipótesis y modelos culturales, y volver de nuevo a la verificación —o falsación— ante los datos reales. Recolección de éstos, reflexión cultural sobre ellos, etno-grafía, etno-logía, círculo, siempre cerrándose para abrirse de nuevo, de empirie y abstracción. Esta es la tarea de la antropología cultural.

Septiembre 1984



Soberbio tipo de pastor ansotano, en el puerto y «cubilar» de Arbuela, en el alto valle de Ansó (Huesca), 1941-1943. R. Violant i Simorra.